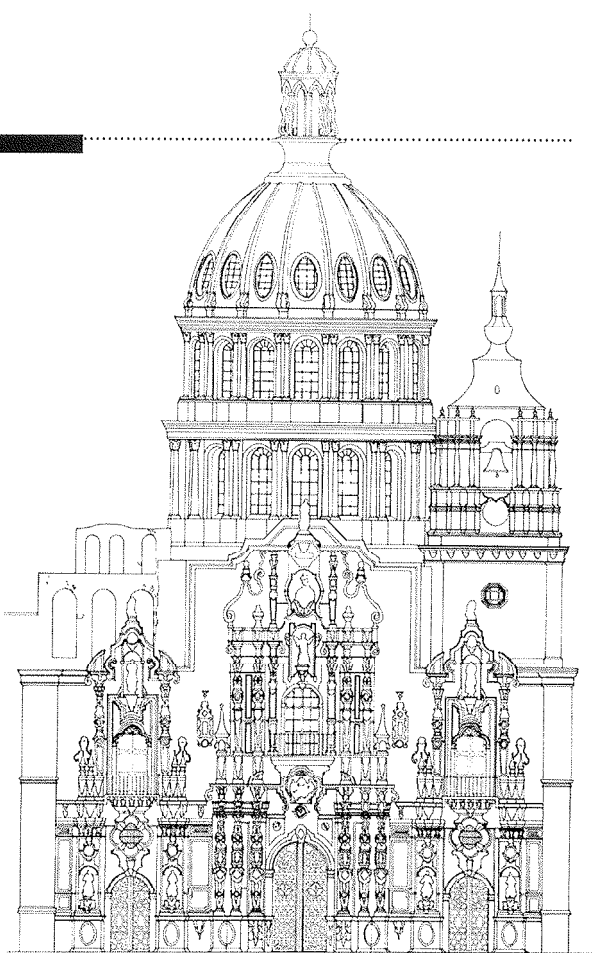


**Nicolás Grimaldi**

Profesor Emérito de la  
Universidad de París - Sorbona



## PRESENTACIÓN

### Necesidad de lo prescindible

Son los ingenieros, los directivos, los empresarios, quienes proporcionan a la sociedad la eficacia de sus técnicas, el desarrollo de la economía, la abundancia de las mercancías, el progreso de su bienestar. En los tiempos más amenazadores de la historia corresponde a los militares liberarnos de la opresión o defender nuestra libertad. En esto, no hay ninguna duda. De cualquier técnica

que se trate (productiva, comercial, financiera, militar o médica, etc.), debemos a un poder estrictamente técnico nuestro dominio y amaestramiento de la naturaleza. Como consecuencia se pensó con mucho acierto que sólo las carreras científicas y técnicas podían formar hombres útiles a la sociedad. Y en efecto, tampoco los músicos, los novelistas, los poetas o los pintores son im-

prescindibles en la vida. A las poblaciones que padecen la humillación, el terror, las epidemias y el hambre no les socorre mucho conocer los llantos de Filocteto en la tragedia de Esquilo, o recordar la muerte del rey Arturo en Purcell, los desastres de la guerra en Goya, el relato del paso de la Beresina en Balzac o de la batalla de Borodino en Tolstoi. Respecto a esta meta que nos imponen las necesidades o las desgracias de la vida, hace dos mil quinientos años que la dedicación de Sócrates a la música y a la filosofía fueron denunciados como alguna irrisoria chiquillada.

Puesto que todos los poetas y filósofos comen y se visten, mientras no todos los sastres y panaderos leen poemas y se dedican a filosofar, se pudo pensar que unos necesitaban de los otros mientras los otros prescindían de los primeros. Se creyó que las artes mecánicas eran necesarias, mientras las artes liberales o las humanidades eran prescindibles. En este sentido, lo son en efecto, lo mismo que la felicidad, la alegría, la esperanza, el amor y la piedad también son prescindibles, aunque sean espiritualmente lo más necesario.

En este tema, la historia pone de manifiesto una paradoja: las humanidades fueron tanto más cultivadas cuando menos se necesitaban, y lo son tanto menos cuanto más se necesitan. Pues, cuando todo el tiempo de casi todos los hombres era absorbido por su trabajo como por una coacción, no les quedaba tiempo para preguntarse sobre el sentido o el estilo de su vida. La necesidad de sobrevivir bastaba para ocupar toda la vida. Y, con todo, esos siglos de agobio y de servidumbre fueron también los

del arte más refinado, de la poesía más culta, de la más sutil teología y de la más profunda metafísica. Pero hay que señalar lo que nos recuerdan los historiadores: en esos tiempos, el trabajo de una inmensa mayoría de hombres quitaba a una ínfima minoría toda preocupación práctica. La libertad que el ocio facilitaba a algunos hacía de esa misma libertad un problema: Puesto que puedo hacer lo que quiero, ¿qué tengo que querer? La libertad del ocio consiste en tener la libertad de hacerse libre. Ahora bien, no basta con *tener libertad para ser libre*. Las ciencias, las técnicas, el poder y la riqueza sólo nos proporcionan una libertad negativa: *no estamos más sometidos a la obsesión del hambre, de la humillación, del miedo, de la angustia o de la enfermedad*. Cuando nada nos coacciona, la libertad que *tenemos* entonces se experimenta sólo como un medio para otra libertad, positiva ésta, y que consiste en *ser libre*.

¿Qué tenemos que hacer de nuestra libertad para hacernos libres? Es el poder técnico que hemos adquirido el que nos permite o que nos facilita la libertad de plantearnos la cuestión. Pero no es una cuestión técnica; y no valdría la pena tener los medios para plantearla si no tuviéramos también los medios para contestarla. Ahora bien, unos y otros medios son completamente distintos. Los medios técnicos (y todas las ciencias no son más que técnicas) sólo nos proporcionan un conocimiento y, como consecuencia, un dominio de las cosas. Pero no nos enseñan nada sobre el sujeto que las conoce. El modo de pensar utilitarista, dominador, técnico, obsesivo e invadió tanto la conciencia contem-

poránea que ha venido a considerar la ciencia como el modelo de toda verdad posible. Ahora bien, el mismo progreso de las ciencias pone de manifiesto que las verdades científicas no son más que errores a plazos. Todas son relativas a un momento histórico determinado, con sus medios de observación y de experimentación específicos, es decir, sus capacidades tecnológicas propias. Completamente diferentes son las verdades humanas, que expresan la misma experiencia de la conciencia, de sus sentimientos, de sus esperanzas y de sus deseos. Mientras la cosmología de Ptolomeo o la medicina de Galeno no enseñan nada útil a un científico contemporáneo, aprendemos mucho sobre la guerra, la diplomacia y la conducta de los pueblos al leer a Tucídides o a Tácito, o a Tocqueville o Galbraith. Mientras las experiencias científicas son construidas, conducidas, arregladas por el mismo científico, recibimos por el contrario las experiencias de nuestra conciencia. El científico cambia como quiere los términos de sus experiencias, mientras somos nosotros mismos quienes somos cambiados por nuestras experiencias. Las experiencias científicas son especializadas, locales, regionales, específicas a un tipo de fenómenos, mientras que cualquier experiencia humana nos enseña algo sobre todo lo humano en cualquier hombre. La física de las partículas no nos enseña las mismas cosas que la geología, la química orgánica o la paleontología, mientras que una escultura azteca y una tragedia griega, un retablo flamenco y un poema chino, una ópera

alemana y una novela francesa nos enseñan todos algo idéntico sobre el hombre aunque de manera muy distinta. Todo lo contrario a lo que se suele decir, hay pues algo universal en las diversas culturas a pesar de su particularidad histórica y geográfica, mientras hay algo meramente local, particular e incommunicable en las ciencias a pesar de la universalidad de sus métodos.

Por último, y esto resume casi todo lo demás, las ciencias –lo mismo que todas las otras técnicas– experimentan, manipulan, construyen, producen fenómenos siempre presentes y observables de alguna manera; mientras las experiencias humanas, las de la conciencia, siempre nos refieren a algo pasado o del porvenir; algo recordado, esperado o deseado; es decir, algo ausente. Las ciencias intentan dilucidar la experiencia que hacemos de los objetos, lo mismo que las técnicas intentan amaestrarlos; mientras las humanidades intentan dilucidar la experiencia del deseo y de la libertad que hace cualquier sujeto, y que se podría definir como una experiencia de la ausencia. Por eso se dice a veces metafísica. Mientras ciencias y técnicas nos enseñan cómo poseer el mundo y dominar a los otros mediante el dominio de las cosas, las humanidades nos hacen entender lo que posee a todos los hombres, les une y les hace semejantes en su experiencia del deseo. Pues son metas y actitudes absolutamente distintas: la de entender y como consecuencia dominar las cosas, y la de entender y como consecuencia querer a los hombres. ♡